

# Los planetas

Dava Sobel

Francisco GARCÍA OLMEDO | Publicado el 11/01/2007

A Dava Sobel, antigua periodista científica del New York Times, le debemos libros como *Longitud* y *La hija de Galileo*, el primero de los cuales, sobre la historia de cómo se consiguió el primer cronómetro que permitía a los navegantes determinar la longitud, es uno de los mejores textos de divulgación de los últimos tiempos. Se trata de libros con encanto, en los que la aventura científica está escrita y se lee como si fuera una novela. Ahora nos llega *Planetas*, un libro que recorre el camino que va desde la fascinación infantil por los hermanos de la Tierra al último enredo relativo a la descalificación de Plutón como planeta, narrado éste último en una posdata fechada en septiembre de 2006.

No nos decepciona Sobel en esta nueva narración, cuyo aroma queda muy bien reflejado en la siguiente cita del párrafo inicial del capítulo sobre Mercurio: “Los planetas hablan un antiguo dialecto mítico. Sus nombres recuerdan todo lo que sucedió antes de la historia y de la ciencia, cuando Prometeo colgaba encadenado de aquella roca en el Cáucaso por haber robado el fuego del cielo y Europa no era todavía un continente sino una muchacha amada por un dios que la sedujo disfrazado de toro.”

Para la Real Academia Española, un planeta es un “cuerpo sólido celeste que gira alrededor de una estrella y que se hace visible por la luz que refleja. En particular los que giran alrededor del Sol.”, una definición que parece exenta de problemas. Sin embargo, Plutón ha venido sembrando la discordia desde su romántico descubrimiento: en contraste con Johann Galle, que encontró Neptuno al cabo de una hora de esfuerzo dirigido, “Clyde Tombaugh, quizás el muchacho más integro, trabajador e intachable que abandonó nunca los campos de trigo de Kansas por la atalaya astronómica de Arizona, trocó todos sus ahorros por un billete de ida en tren a Flagstaff. Obedeciendo a un impulso, había enviado al observatorio Lovell sus dibujos de Júpiter y Marte, tal como los veía con su telescopio casero. El director, impresionado... le ofreció el empleo difícil y mal pagado de rastrear los cielos... pasó diez meses de noches frías bajo la cúpula abierta...”

A pesar de no ser un planeta solar, Sobel dedica un capítulo a la Luna, cuyo inicio es en extremo divertido. Un joven astrónomo regala polvo lunar a su enamorada, lo que está a punto de costarle el puesto. ésta, amiga de Dava Sobel, decide hacer desaparecer el cuerpo del delito de la única forma que se le ocurre: comiéndoselo.

Al no iniciado puede resultarle chocante que en pleno siglo XXI, en junio de 2006, la Unión Astronómica Internacional (UAI) tuviera que formar un Comité de definición de los Planetas, en el que por cierto, Dava Sobel fue la única persona no científica elegida. Las misiones de este comité eran dos, redefinir la palabra planeta y estudiar la categoría del excéntrico Plutón. A principios de julio, “un planeta era un cuerpo en órbita alrededor de una estrella, con una masa suficiente como para que la gravedad le hubiese dado una forma redonda.”, unos criterios que no sólo los cumplía Plutón sino también convertía en planetas a Caronte, luna de Plutón, a Xena y al asteroide Ceres. Gloria efímera la de estos cuerpos, ya que su nuevo estatus no les duró ni dos meses. En agosto de este año, la asamblea general de la UAI añadió a la definición de planeta el criterio excluyente adicional de que el cuerpo en cuestión debía dominar su propia órbita. Para Plutón se creó entonces una nueva categoría especial, la de “planeta enano”, con la especificación de que un planeta enano no es un verdadero planeta.

Las que he sintetizado como muestra son sólo algunas de las muchas historias apasionantes que se narran en este libro. Si como la Astronomía, las demás disciplinas científicas tuvieran cada una su Dava Sobel, la ciencia tendría sin duda un mejor acomodo en la cultura actual.